

EL SENTIDO DE LA INDAGACION FILOSOFICA

Summary: Philosophy is essentially a act of freedom. As the same existence of the man, its interrogations take place in the tension of the ambiguity of the open and final questions about life meaning. In this occupation of fidelity to the truth and freedom it expresses a testimony of critical implacable conscience before a contracted world for the oppression of the securities and the most different sedative forms of ideological legitimations.

Resumen: La Filosofía es esencialmente un acto de libertad. Como la existencia misma del hombre, sus interrogaciones acontecen en la tensión de la ambigüedad de las cuestiones abiertas y decisivas sobre el sentido de la vida. En esta tarea de fidelidad por la verdad y la libertad expresa un testimonio de implacable conciencia crítica ante un mundo contracturado por la opresión de las seguridades y las más diversas formas sedativas de legitimaciones ideológicas.

1. La claridad de lo oscuro, lo oscuro de la claridad.

La búsqueda de la verdad, que es otra expresión para denominar la búsqueda del hombre, ha sido y es signada de continuo por la ambigüedad. Sin embargo, esta ambigüedad, que no atormenta al hombre con los principios lógicos sino con la ambivalencia de lo finito y lo infinito en el modo de ser de su existencia, lejos de precipitarle por la vía del excepticismo, tiene para nosotros un carácter sintomático. Podemos aproximarnos a una compren-

sión de lo que ella nos revela a la luz de la afirmación de Heráclito:

"El Señor, cuyo oráculo está en Delfos, ni dice ni oculta, sino que indica" (1).

Así, el simple signo, aun cuando fuese signo de contradicción, permite hacer más transparente la dirección del esfuerzo humano y, en las cuestiones centrales de la vida, iluminar mejor que la conceptualización, siempre estrecha, el camino de la reconciliación del hombre consigo mismo. Porque la ambigüedad, como la Torre de Babel, pone al descubierto las hesitaciones desconcertantes del producto de la libertad y la imaginación y profana en el hombre la magia de la argumentación acabada, autosatisfecha de la razón operativa. Ella reivindica, a modo de un voluptuoso sentimiento de plenitud, el sentido ausente —o subyacente— en los conceptos claros y distintos y alerta contra la perfección formal de los afanes de precisiones lingüísticas, cuando éstos fagocitan el tiempo del hombre tejiendo velos a sus interrogantes decisivos (2).

2. Encuentro, verdad y hombre

La verdad y el hombre están ahí. En nuestra experiencia cotidiana. Son un camino por recorrer y una finalidad que se apropia del caminante en la medida de su capacidad de *disponerse* gratuitamente a un encuentro. No hay verdad ni conocimiento por delante cuando nuestra apertura es apenas una puerta entreabierta, un abroquelado continente de saberes del entendimiento que recortan una postura psicológica frente a la incertidumbre de la desorientación interior y a la presión opinativa del medio social.

El hombre busca desvelarse, esto es, abrirse a sí mismo y a los otros en plenitud y conocimiento. Mediante esta tarea intenta ser desde sí y desde los otros. En la doble vertiente del desvelo se reconoce como situado en el ámbito de una realidad esencial, vale decir, en un horizonte significativo, ontológicamente consistente. Pero esto sería vano si la necesaria seguridad psicológica que busca naturalmente no se sostuviese en una experiencia raigal de la efectiva conciencia de la inseguridad metafísica que comporta; en cuyo caso sólo cargaría con un modo postural de ser, entre los límites del delirio permitido socialmente, que, sin duda, estallaría de angustia, desesperación o intolerancia tan pronto la realidad le mostrara otra cara. Porque aquella inseguridad metafísica proclama en el abismo de las situaciones radicales una dependencia estructural con el fundamento de toda existencia, que es, en esencia, pese al silencio de respuestas de carácter positivo, independencia y verdadera liberación de las ataduras empíricas que los hombres se gestan mutuamente en el diario vivir. Por ello, empujados en la expresión justa, cuanto podamos decir y repetir aquí (3) es un pequeñísimo retal de libertad apenas nominada, traducción grosera a un lenguaje proposicional de un intento de objetivación de las posibilidades que cada hombre debe recorrer con alborotado recogimiento, no obstante sus condicionamientos históricos y sociales, en la alegría del descubrimiento y en el dolor creativo de sus limitaciones personales.

La verdad y el hombre están ahí. Precisamente después de la renuncia al dominio de lo positivo y al saber totalitario de la verdad, a la presunción omnipotente de conocimiento. Somos hombres y, sin embargo, casi todo lo decisivamente humano nos es ajeno. Porque el conocimiento del mundo y de las cosas que hace el hombre se tornan como espejos deformados de su atropellada voluntad de conocerse a sí mismo; historia de un entretejido orgánico de palabras legitimadoras que en su crecimiento acumulativo va devorando todo referente significativo, voces que terminan por ahogar los silencios de la Historia misma. Estos silencios, ocasionalmente pronunciados tanto en su vida individual como comunitaria, constituyen la palabra-sentido que hombres y pueblos pueden escuchar en la plenitud solitaria del encuentro. Silencios que no dicen ni ocultan, sino que abren perspectivas, orientan. Ciertamente, estos esporádicos silencios en que asoma el alma, ubérrimos instantes de ubicua comunión con lo humano de todo tiempo y espacio, son la sempiterna sabiduría que los

hombres han logrado cosechar en su Historia como primicias, en la encarnadura de la libertad del espíritu, para requerir de cada cual, en su tiempo personal, los frutos de su vocación. Es preciso escuchar los silencios de la palabra, inundarse del referente de sentido que trae la simple articulación sonora o el lenguaje del silencio mismo, para que la verdad y, con ella el hombre, sean en nosotros presencia, participación efectiva en un ámbito de realidad esencial.

3. El calvario de la razón.

En esta búsqueda inveterada la Filosofía tiene un lugar relevante y encuentra la índole misma de su sentido. Investida de la naturaleza finita de lo humano, representa con sus miserias y sus grandezas la mejor aproximación al *qué* del hombre. Ambos, Hombre y Filosofía, son la existencia y el modo de la existencia; el medio y el motor, alimentados por una inconmensurable avidez de ser y resolverse en plenitud. Por eso, en nuestra perspectiva la Filosofía es esencialmente libertad, apertura crítica de la conciencia a un ámbito de totalidad significativa. Ella es el movimiento crítico de la libertad del hombre que se vale de la razón en su aspiración por alcanzar la serena justificación de los principios de la vida misma. Con "razón" queremos decir la potencia *propia* que tiene el hombre de abrirse a un conocimiento de las esencias, vale decir, a aquello que hemos denominado "ámbito de totalidad significativa".

Sin embargo, la Filosofía, pese a ser tan sustantiva con el hombre, no alcanza a expresar todo el hombre, ni su acción y los resultados de su acción, pueden colmar enteramente las aspiraciones profundas que mueven al existente humano a filosofar. Porque, análogamente a la figura del Bautista, la Filosofía es pasaje, mediación todavía profana, anticipación excelsa pero mundana de la luz, cuya misión es conducir al hombre hasta el umbral de su propio sentido para desvanecerse patética en el silencio de la docta ignorancia.

Sus respuestas son afirmaciones de las aspiraciones del hombre de revelarse a sí mismo ontológicamente, epifanías seculares que proclaman en contradictorios filosofemas su abismal necesidad de comunicación religiosa.

Esta dimensión dramático paradójica de la Filosofía está vedada al espíritu de quienes en su regazo se han acomodado detrás de una suerte de realismo práctico intelectualizado, a la postre desgaja-

do de la experiencia verdaderamente positiva de vivir. Así como el hombre finalmente se le escapa en un enmarañado circunloquio de formalidades éticas (4), así el sentido y la tarea del filosofar se sustraen de la vida y desesperan agónicos de la falacia cientificista. En estas condiciones, la Filosofía, que alcanza su legitimación en la voluntad de comunicación (5), es sospechada de incapacidad cuando se desgarrar con extremo heroísmo entre las sombras de la finitud para dar cuenta de la medida de lo que somos, sin resignarse por entero a los sedantes narcisistas de los 'juegos lingüísticos' o a los beneficios seculares de los saberes de integración total como las ideologías (incluso las más sutiles como las paracientíficas) ciertamente eficaces en el ruedo opinativo, pero insubstanciales a la hora de las verdades decisivas de la existencia.

Porque si una misión le cabe en la actualidad a la Filosofía, muy lejos de manotear desesperadamente en el saldo residual de las ciencias particulares un espacio ocupacional que justifique su existencia, en mérito de sus antiguos esfuerzos, es la de asumir con entereza su mejor espíritu socrático y alzarse desde sus raíces y con su historia a cuestras como implacable conciencia crítica, al tiempo que hacerse cargo visceralmente de las cuestiones abiertas y permanentes de la existencia humana y su modo de ser en el mundo.

4. La epifanía de la razón.

La asunción de un modo de filosofar y, permítasenos, la elección explícita o implícita de una definición de Filosofía, compromete la tarea y el sentido mismo de ella, de igual modo que los valores internalizados que sostienen al hombre condicionan globalmente su conducta. No es éste un simple recurso esencialista que ubica el carro delante del caballo para explicar a aquél.

Por más que se empeñen, los hombres no pueden ser ajenos a sí mismos; tampoco la sucesiva acumulación de afanes sistematizadores y precisiones intelectuales en la historia de la Filosofía han podido sustraerse alternativamente de los exabruptos interrogantes existenciales que dieron a la Filosofía carta de ciudadanía en el universo de posibilidades del hombre. De ahí que la Filosofía no pueda consistir únicamente en la disolución de la confusión de ciertos malos usos lingüísticos o errores categoriales, precisamente adquiridos durante el proceso de excesiva intelectualización de las aspiraciones ontológico-existenciales del hombre. Sin du-

da la Filosofía tiene, como quiere la corriente analítica, una función clarificadora, pero no justamente para abortar los interrogantes metafísicos sino para allanar de obstáculos enmascaradores el conocimiento de sí mismo, en otras palabras, despejar el camino de la libertad. Los mal llamados "problemas filosóficos" no se disuelven por voluntad de una razón más o menos esclarecida ni se neutralizan por la adopción de un sistema u otro de pensamiento. Ellos responden a una necesidad de sentido (mejor que explicación) del hombre y aparecen bajo otras modalidades, más allá de toda enunciación acerca de la carencia de presupuestos o de la afirmación de un saber positivo alternativo a la Filosofía, por demás sospechoso de una racionalidad tácita.

No es necesario, por otra parte, suprimir la actividad teórica de la Filosofía en beneficio de una praxis determinada, ya que a la incapacidad de aquélla para resolverse de un modo significativo para el hombre se añade en ésta el velamiento de una previa tematización de los valores que resignificarán su necesidad ontológica y condicionarán las posibilidades de su libertad. En una y otra postura, al fin y al cabo teóricas, encontramos la vocación de legitimar un modo de existencia posible y la necesidad de universalizarlo e, inclusive, fundarlo en el 'poder psicológico' que acompaña a una racionalidad instituida, en este caso, la Ciencia. Esto, en el plano de la acción colectiva se ha llamado ideología (6).

¿Qué es, pues, la Filosofía que parece arrastrar consigo oposiciones diversas y ser objeto de tantos "errores"? ¿No hay acaso detrás de cada argumento una voluntad de legitimar una interpretación del hombre? Pareciera que se cumple aquí otra vez el 'círculo esencialista' o, quizá, independientemente de las intelectualizaciones, la Filosofía nos está mostrando que no es una actividad yuxtapuesta a los intereses vitales del hombre sino que guarda una correspondencia esencial con ellos, a pesar, ciertamente, de las claudicaciones que los filósofos y los hombres mismos han hecho y hacen de su potencialidad de ser.

¿Cómo caracterizar en casi un enunciado esta disciplina que parece reunir las contradicciones del hombre mismo? De acuerdo con nuestro punto de vista una caracterización tal no puede en modo alguno desvincularse de las vicisitudes históricas que le son substanciales, es más, que constituyen la memoria misma de una razón que pugna por ser fiel —aun en la idealidad— al tejido de mediaciones con la realidad para hacerse de un mundo propio y

habitable. Sin embargo, hemos dicho que la Filosofía si bien es substantiva con el hombre, no lo expresa todo. Y esto, más que un defecto, es una señal que nos ayuda a inmunizarnos de los absolutismos con que habitualmente configuramos nuestras decisiones más vitales y los instrumentos con que pretendemos legitimarlas. En consecuencia, una aproximación definitoria a lo que sea la Filosofía debe contener el margen de humildad que inspira su nombre y de libertad que reclama toda indagación por el sentido. No puede ser mera ciencia en su acepción de teoría pura exenta de supuestos ni saber positivo particular al servicio de un proyecto determinado de racionalidad. Es, pensamos, la expresión más alta de la razón vivida como una actitud, un camino, un modo de vida y, también, un peculiar encuentro con el saber.

5. Cuestión y problema.

Nuestra intención puede quedar mejor expresada si nos detenemos en la distinción infrecuente entre problema y cuestión. La comprensión de la diferencia es para nosotros fundamental en múltiples direcciones. Además de ser una pieza importante de nuestro enfoque de pensamiento, creemos que el 'buen uso', el empleo crítico y técnico de ambas nociones permite disipar y neutralizar si no todas, por lo menos gran número de objeciones sobre la "inutilidad" de las respuestas filosóficas, descubrir el sentido de la indagación en Filosofía y superar el histórico diálogo de sordos en torno a las consecuencias no queridas de su tarea pero que son corrientemente consideradas como realidades propias del filosofar.

Bergson afirmaba que "la Filosofía es un juego de acertijos en el que se trata de reconstituir con las piezas que la sociedad nos suministra el dibujo que ella no quiere mostrarnos... Ciertamente, en Filosofía como en otras disciplinas, se trata de *encontrar*, el problema y, en consecuencia, de plantearlo, más aún que resolverlo. Pues un problema especulativo está resuelto en cuanto está bien planteado. La solución no existe enseguida por eso, aunque ella puede quedar oculta y, por así decir, cubierta: no queda más que *descubirla*. Pero plantear el problema no es simplemente descubrir, es inventar. El descubrimiento sobreviene sobre lo que existe ya actual o virtualmente; él estaba seguro de llegar tarde o temprano. La invención da el ser a lo que no era, ella habría podido no llegar jamás. Ya en matemáticas y, con más razón, en

metafísica, el esfuerzo de invención consiste a menudo en suscitar el problema, en crear los términos en los cuales se planteará. Planteo y solución del problema son aquí casi equivalentes: los verdaderos grandes problemas no son planteados sino cuando están resueltos" (7).

En realidad, lo que está resuelto de "los verdaderos grandes problemas" es la disposición, la actitud espiritual que alienta en nosotros el descubrimiento de un horizonte significativo posible pero, propiamente, no debemos hablar, en este caso, de "solución". Los "grandes problemas" de que nos habla Bergson en este párrafo substantivo no son sino *cuestiones*, vale decir, interrogantes que en el mismo acto de ser formulados abren perspectivas de sentido en el interrogador. Las cuestiones iluminan un camino hacia la comprensión del mundo, orientar en la investigación y en la búsqueda de la verdad, aunque por su naturaleza, no se resuelven positivamente al modo de las respuestas de la Ciencia. Lo que se pone en claro en la respuesta de ésta, está mediado por la información y los instrumentos que se posean. En otras palabras, lo que está por delante en un problema es una incógnita sólo remisible por el dato de que se carece, siempre factible de aparecer en el tiempo. Por ello se espera de la Ciencia soluciones, esto es, la satisfacción de la carencia informativa actual. De ahí también la confianza en su eficacia, pese a que la solución se distance en el tiempo. Pero es falaz argumentar como ha difundido el positivismo en la cultura contemporánea que *todas* las cuestiones pueden y serán resueltas por la Ciencia en un futuro próximo o lejano. Así, existe la creencia en el hombre de nuestros días, de que puede uniformar el carácter de la problematización de los asuntos humanos, puesto que es capaz de aplicar métodos y procedimientos diversos para la resolución de problemas en todas las esferas de su actividad social. En su tentación de absoluto, de completamiento y seguridad, apoyada hoy en la sensación de poder y manipulación infinita que le da la organización informática, agota ligeramente las situaciones radicales de la vida homogeneizando las diferencias. Busca y espera respuestas semejantes y del mismo grado para aquellos interrogantes cuyo peso ontológico excede de los resultados positivos que podemos obtener en la resolución de problemas de orden fáctico, sin mayor trascendencia que el éxito o el fracaso operativo circunstancial.

Un problema (8) y mejor, como nos decía Bergson, el planteamiento correcto de un proble-

ma, implica la posibilidad de su solución si se satisface la información que reclama en el marco de una metodología adecuada. Esto es lo que normalmente acontece en Ciencia y en la resolución de los asuntos cotidianos. Mas en Filosofía hay preguntas que, no obstante ser bien formuladas, no supondrán una solución ni serán resueltas con el ingreso de mayor información o con el empleo de los procedimientos pertinentes de las ciencias particulares. Si ello ha ocurrido en la historia del pensamiento es porque no eran específicamente "problemas" filosóficos, de allí que pronto concurrieron a formar parte del corpus de una ciencia especial. Inversamente cuando los científicos llegan a plantearse interrogantes finales del tipo qué es la vida, cuál es el origen del Universo o qué es el tiempo, saben que entran en el ámbito de las cuestiones que sobrepasan los límites de los objetivos del conocimiento científico y que cualquier postura que adopten al respecto exigirá la apelación a elementos extratextuales. Con el progreso de la Ciencia las cuestiones filosóficas acentúan su naturaleza intensiva. Por el contrario, las necesidades suscitadas por los problemas aceleran una dimensión acumulativa o extensiva del saber. La alienación del sentido sobreviene cuando ponemos nuestras esperanzas en la solución positiva del saber a expensas de las interrogaciones abiertas de las cuestiones, las cuales, estimuladas por el deleite de la libertad ganada en cada pregunta, abren las puertas a grados más altos de conocimiento. En estos actos de interrogación el hombre se libera de la positivación niveladora del saber del entendimiento y se vuelve capaz de dejarse ir por la razón hacia nuevas dimensiones significativas para su existencia merced a la disposición superior de la conciencia que cada interrogación descubre.

Por eso la Filosofía es para nosotros un sendero preparatorio a la sabiduría y un testimonio extremo y excelente de las posibilidades de la razón humana, sin que por ello la Filosofía sea en sí misma Sabiduría ni el filósofo sabio necesariamente. Paradojalmente, el filósofo como el hombre en general pueden llegar a ser sabios cuando comprenden la diferencia y no agotan el camino. ya que la Sabiduría no es un término del conocimiento, sino una disposición del alma en presencia de la verdad, exenta de posesiones intelectuales de ella. La virtud humilde y profunda de las cuestiones es su puerta de acceso.

6 El encuentro con el hombre.

La consubstancialidad de las cuestiones filosóficas con las preocupaciones finales del hombre ha permitido exaltar en el decurso de la historia de nuestra disciplina tanto su grandeza como su jerarquía respecto del saber de las ciencias, con igual intensidad que sus miserias de finitud e impotencia para concretar con eficacia proposiciones capaces de transformar el mundo. Sin embargo, estas exaltaciones contrapuestas a la luz del entendimiento nos hablan, en otro plano de la razón, precisamente de la unidad de vocación entre Hombre y Filosofía.

Volvamos a Heráclito y citemos el fragmento 71 a nuestros efectos complementario del aludido al comienzo de nuestro trabajo:

“El hombre debe acordarse del hombre, que olvida dónde conduce el camino’

Entre ambos hay una razón vivida como una actitud, un camino, un modo de vida y un peculiar encuentro con el saber por sobre la determinación ambivalente de la tensión entre lo finito y lo infinito de nuestras aspiraciones humanas.

La encarnación arquetípica de esta razón es para el pensamiento occidental, el incorruptible indagador de la conciencia de Atenas. Con su testimonio, que hoy necesitamos emular y multiplicar sin descanso, la Filosofía quedó herida de la fidelidad al fuego de los dioses y al amor heroico por los hombres. Mediadora, entonces, entre lo sagrado y lo profano padece, a veces, del letargo de los dioses que envolvieron su existencia y del celo por un amor vigilante, atenta a la claridad de una vida alimentada por la esperanza de la verdad desde el dolor de las limitaciones de una misión que coronará más allá de ella.

El sentido, pues, de la indagación filosófica está en acompañar al hombre en su tránsito hacia la conciencia de su dignidad.

NOTAS

- (1) Frag. 93. Cf. Rodolfo Mondolfo, *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*, México, Siglo XI edit., 1966, p.42; G. S. Kirk y J.E. Raven, *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Edit. Gredos, 1969, p.298.
- (2) La noción de "ambigüedad" que empleamos aquí no se agota en su significado lógico habitual. Es posible que se entienda mejor su uso si dejamos anotado que le sirve de base, en el marco de nuestra perspectiva filosófica, la aproximación conceptual al hombre que hiciéramos en nuestra comunicación: "Conciencia de Catástrofe."

Poder y Libertad" (IIo Congreso Internacional de Filosofía del Derecho, La Plata, Argentina, 19 al 23 de mayo de 1987, vol. I, pp. 27-37). Allí decíamos que "el hombre es un ente finito con aspiraciones de infinitud". La ambigüedad existencial que vive se fundaría, en definitiva, en la conciencia de esa tensión originaria.

(3) La frase remite a un contexto de discurso más extenso que estamos elaborando con el título de "La cuestión del hombre".

(4) Pensemos aquí en los intentos actuales del neopositivismo y, específicamente, de los enfoques de filosofía analítica que, a nuestro juicio, desesperan por encontrar una suerte de "fundamento empírico ametafísico" a las cuestiones que *de hecho* obligan a consideraciones de carácter metafísico. Un ejemplo sin duda meritorio en nuestra lengua es el "kafkiano" esfuerzo de C.S. Nino en *Ética y Derechos Humanos*, Buenos Aires, Paidós, 1984.

(5) Cf. entre otros, K. Jaspers, *La Filosofía*, México, F.C.E., cap. 2 y "La Filosofía del Futuro", en *La Fe filosófica*, traduc. de J. Rovira Armengol, Bs.As., Losada, 1968, p.147. También, Rodolfo M. Agoglia, "La filosofía como 'sabiduría del amor'", en *Revista de Filosofía*, No.17, La Plata, Facultad de Humanidades, 1966.

(6) Jürgen Habermas "Conocimiento e interés", en *Ciencia y Técnica como ideología*, traduc. de Manuel Garrido, Madrid, Ed. Tecnos, 1986, p.173; artículo publicado originalmente en *Merkur*, No.213, diciembre

1965, pp. 1139 bis-1153, según se anota al pie de página de la edic. castellana que consultamos.

(7) Henri Bergson, "De la position des problèmes", en *La Pensée et le mouvant*, Paris, P.U.F., 91^o edic., 1975, pp. 51-52.

(8) Entre otros autores, G. Marcel, E. Bréhier y M. de Unamuno han aludido a la distinción entre problema y misterio. Este par de expresiones guarda con nuestra relación entre cuestión y problema una estrecha correspondencia, aunque en nuestra opinión en un terreno estrictamente filosófico no deben ser identificados. Al efecto nos ha parecido importante reconocer aquí la siguiente observación de Gabriel Marcel en *Etre et Avoir*, 1935, exp. pp. 145 y 169: Un problema es algo que encontramos entero ante nosotros, con el cual establecemos una relación de exterioridad y que, por eso mismo, estamos en condiciones de analizar, reducir o eliminar, en tanto que el misterio (o lo que mutatis mutandis denominamos cuestiones) nos compromete personalmente porque es algo que no está enteramente ante nosotros.

H. Daniel Dei
Casilla de Correo No.731
1000—Correo Central
Buenos Aires, Argentina.